

SEMBLANZA

ALFONSO REYES

Por Sebastián Pineda Buitrago

Universidad Iberoamericana de Puebla

Doctor en Literatura por El Colegio de México con estancia de investigación en la Freie Universität Berlin. Profesor investigador de la Universidad Iberoamericana Puebla. Autor, entre otros libros, de La musa crítica: teoría literaria de Alfonso Reyes (2007) y de Tensión de ideas: el ensayo hispanoamericano de entreguerras (2016).

Contacto: sebasconnection@gmail.com

ORCID: 0000-0002-0701-5892

Uno de los más bellos libros de Alfonso Reyes (1889-1959), *La crítica en la edad ateniense* (1941), indica que el ejercicio crítico hunde sus raíces en la lucha tan sangrienta como inútil, sin solución, entre el pensamiento “científico-racional” y el “poético-irracional” (dualidad también planteada por Schiller bajo los términos de “poesía ingenua” y “poesía sentimental”, o por Nietzsche en lo *dionisiaco* y lo *apolíneo*). Cierta falencia filológica contemporánea ha hecho pensar que la crítica literaria es una invención de la modernidad industrializada. No hay tal. Si la historia de nuestro planeta sólo puede ser deducida de manera científica y exacta a partir de los cuerpos naturales –es decir, de la acumulación de erosiones, sedimentaciones y elevaciones y sucesivamente de nuevas erosiones– algo parecido sucedería con la historia de la crítica. Hay que sumergirse en la antigüedad, donde la crítica ya estuvo alguna vez presente, sólo que en forma menos elaborada. No en otra cosa consiste *La crítica en la edad ateniense* y *La antigua retórica* (1942), los dos ensayos de Reyes que anteceden su teoría literaria, *El deslinde* (1944), una de las más completas en lengua española. Para Reyes, “el hombre, ente moral y político, se manifiesta por la palabra, cuya suprema forma es el discurso; edificar el discurso es, pues, edificar al hombre todo”.¹ Esta idea encierra y justifica su voluminosa obra, organizada en 26 tomos, más otros seis de diarios y numerosas recopilaciones de su correspondencia con varios intelectuales del hemisferio occidental. Tal vez la más interesante sea la cruzada con el dominicano Pedro Henríquez Ureña (1884-1945), acaso el otro gran crítico literario hispanoamericano del siglo XX.

Si escogiéramos los cinco mejores ensayistas de lengua española, el nombre de Alfonso Reyes resulta inevitable. La afición por Reyes se confunde con la afición a la literatura misma. Su lectura es para toda la vida, tal como lo dejan vislumbrar los numerosos volúmenes de su obra completa que tributan en todos los géneros literarios: poemas, dramas, cuentos, crónicas, con la excepción de la novela (aunque los hechos de su vida son tan interesantes que en

¹ Reyes, *La crítica en la edad ateniense*, pp. 133-156.

ocasiones cobran la temperatura novelesca). En Reyes, como en Montaigne o en Goethe, vida y obra corren enlazadas e inseparables, al punto que su biografía fácilmente se rastrea a través de sus libros, y éstos a través de sus viajes y amistades o, para decirlo con sus propios términos, «simpatías y diferencias».

Un bosquejo biográfico de Alfonso Reyes debería empezar hacia 1889 en Monterrey, una ciudad entonces rústica situada al norte de México en el estado de Nuevo León, cerca de la frontera con Estados Unidos. A pesar de que se desarrolló industrialmente por su cercanía con Estados Unidos y especialmente durante la Guerra Civil estadounidense, Monterrey no existía como ciudad en los siglos prehispánicos y poca importancia obtuvo durante el virreinato de Nueva España. Ahora se ha convertido en una de las ciudades más industrializadas de Latinoamérica, y su “mito fundacional” está tocado por las leyendas de los vaqueros (al *Far West* o «*viejo oeste*»), y Reyes dejó varios poemas sobre aquel modo de vida que exigía la puntería del cazador y las fuerzas aguerridas del colono. Si bien Reyes abandonó Monterrey muy joven, este origen «provinciano» y al mismo tiempo *fronterizo*, lo dotó de un “estructura comparada”, es decir, de una conciencia de *deslindes*, de límites y transgresiones. Uno de los principales defectos de la política mexicana, según observaba Reyes, consiste en la falta de un “federalismo inteligente” donde la cultura circule y respire a través de las regiones sin encerrarse o atorarse en su enorme capital. Dos de los textos más representativos de Reyes al respecto, dicho sea de paso, son poemas ensayísticos en prosa, dos críticas a la expansión ilimitada y descontrolada de la megalópolis mexicana: *Visión de Anáhuac* (1917) y “Palinodia de polvo” (1940).

La familia de Reyes no era originaria del norte de México. Por la rama de su madre, Aurelia Ochoa, Reyes descendía de ancestros michoacanos y hasta tuvo en su genealogía algún tío abuelo de las Filipinas (no hay que olvidar que de las costas mexicanas partía la Nao de la China). Por la rama de su padre, Reyes tenía nexos con Panamá y Centroamérica. Ciertamente, la figura liberal del general Bernardo Reyes, su padre, fue la más definitoria de su personalidad. El general Bernardo Reyes fue gobernador del Estado de Nuevo León, cuya capital es Monterrey, y llegó a ser el segundo hombre más poderoso de México, naturalmente supeditado a las órdenes del presidente *imperator*, Porfirio Díaz. El asesinato del general Reyes el 9 de febrero de 1913, bajo el intento de recobrar el “orden” perdido por el derrocamiento del “Porfiriato” en noviembre de 1910, marcó la historia de México y dibujó una x en la frente de su hijo.

En 1924 Reyes publicó un poema dramático, *Ifigenia cruel*, en el que se propuso exorcizar la tragedia de su padre. Se enmascaró en la figura mitológica de Ifigenia, y en el “Comentario a la *Ifigenia cruel*”, que antecede el poema, Reyes reconoció “el saberse hija de una casta criminal”. Mucho más tarde, cuando en 1930 ocupaba el cargo de embajador de México en Buenos Aires, escribió *Oración del nueve de febrero*, un texto confesional que dejó inédito y que sólo se publicó hasta 1963. En él, Reyes confesó que nunca había dejado de hablar con su padre a solas, como en un rito fúnebre tan común entre los mexicanos, o como una suerte de Hamlet mexicano (de príncipe destronado). El contradictorio general Reyes llegó a gozar de la posibilidad de suceder al dictador Porfirio Díaz en las elecciones de 1910, pero éste lo instó a abandonar tal pretensión y lo mandó al exilio a Europa bajo la idea de adquirir mayores conocimientos militares. El general Reyes fue también contradictorio al inculcar en su hijo el amor por los libros, pero al temer que éste se tomara muy en serio el oficio de la literatura. Alfonso Reyes completó sus estudios de Derecho en 1913. Se hizo abogado con una tesis que tituló *Teoría de la sanción* en la que defendió la casuística del viejo Derecho español y del *common law* anglosajón, esto es, la posibilidad de basarse en casos, en la experiencia, antes que en la fría norma escrita del Derecho positivista, para juzgar la vida por lo que tiene de sorpresivo e intrigante. Es decir, lo que Reyes plantea en su tesis de Derecho constituye también la metodología de su crítica literaria. En *El suicida* (Madrid, 1917) precisamente hay dos ensayos sobre la casuística literaria, es decir, sobre la interpretación de situaciones que defiendan el derecho a la vida. Para 1917 esto era una auténtica defensa. En ese momento Europa atravesaba la Primera Guerra Mundial y México se desangraba en la primera revolución popular del siglo XX.

Llamar a Reyes “ensayista” es una comodidad, mucho más cuando se siente la tentación de decirle helenista, de decirle poeta, pero bastaría llamarlo simplemente un hombre. Alguien que aspiró menos a ejercer un oficio o una tarea, que a ser consciente de su vida minuto a minuto y permitir que de la abundancia del corazón hablaran los labios. Supo, como Henri Bergson, de la «espontaneidad creadora» que desborda, por todos lados, la intelectualidad, y que una sonrisa vale más que mil palabras (“La sonrisa”, un ensayo incorporado en *El suicida*, es una de sus piezas más celebradas). De ahí sus simpatías con los atenienses de los tiempos de Sócrates, o con los flemáticos ingleses como G. K. Chesterton, cuya novela *The man who was Thursday* Reyes tradujo teniendo en mente el estilo de Gracián. Reyes se sintió una

reencarnación de algún español antiguo cercano al Arcipreste de Hita o a Fernando de Rojas, pues como la *Celestina*, personaje de sus adoraciones, solía no retraerse ni amargarse, porque “la natura huye lo triste y apetece lo delectable”.

El periodo literario más fructífero de Reyes transcurrió en Madrid entre 1914 a 1924. Período biográfico que él mismo denominó mi “década madrileña”. Mientras México se desgarraba en su Revolución, como quemándose y renovándose en una suerte de sol azteca, Reyes transformaba aquellos ecos terribles en notas amenas. Así se explican dos textos de difícil clasificación entre los géneros preestablecidos: el ensayo en clave poética *Visión de Anáhuac* (1917) y el poema dramático *Ifigenia cruel* (1924). La primera frase que leemos en *Visión de Anáhuac* nos dibuja la imagen de cuando Hernán Cortés y los conquistadores ingresaron al valle de México: “Viajero: has llegado a la región más transparente del aire”. Dicha frase nos permite a la vez examinar el estilo de Reyes, cuya prosa marcó un cambio estético en la literatura de su tiempo. Los ensayos de Reyes, sobre todo los incluidos en *El suicida* (1917) y *El cazador* (1921), son en realidad artículos periodísticos. Era un momento en que el periodismo había acogido el arte y la literatura como parte de su praxis cotidiana. Eran las vanguardias históricas. Reyes escribía para los principales diarios madrileños y compartía tertulias en las redacciones de tales diarios con los mejores prosistas de aquellos años, Ortega y Gasset, Azorín, Eugenio d’Ors, Valle Inclán, Unamuno, Gómez de la Serna. El estilo de Reyes contagia al lector de su ritmo, que es una manera de la persuasión; pero no enreda con la elocuencia y la frase larga. Si la manera de Reyes puede ser muy artística, como la de Azorín, no es la más rotunda y sonora, como la de Ortega.

De 1917 a 1920 Alfonso Reyes expresó a plenitud sus opiniones políticas en el periódico madrileño *El Sol*. Cuando aún faltaban los días más negros de la dispersión judía, con el nazismo que se engendraba en una Alemania humillada por los aliados, el ensayista mexicano defendió la creación de Israel en Palestina y advirtió el afán alemán por expandirse hacia la Europa oriental. En Madrid también se matriculó en el Centro de Estudios Históricos regentado por Menéndez Pidal. Comenzó por reivindicar la poesía de Góngora, olvidada por los académicos, como precursora del simbolismo francés. Es decir, Alfonso Reyes provocó de alguna manera la Generación del 27, organizada al calor del tercer centenario de Góngora, como después se lo hicieron saber Guillén y García Lorca. Vivir en España –periferia de Europa o Europa *sui generis*, tierra de desmesura y

sinrazón— forjó la idea de su lengua y su cultura. ¿Qué es España? Más allá de la guía turística y de la cámara fotográfica, Reyes vio a Castilla como un yunque azotado por todas las olas porque, después de haberse derramado por medio mundo, se sumergió en una soledad recalcitrante (don Quijote cabalgando como una “mancha en la Mancha”) e inexplicable. Su visión de Castilla como una “meseta metafísica” comulga con la de Antonio Machado. Con él, como también con los demás de la Generación del 98, Valle Inclán, Azorín, Juan Ramón Jiménez y en menor medida con Ortega y Gasset, gozó de una estupenda amistad. Aunque su personalidad era distinta a la de Ortega (Reyes era jovial, mientras Ortega solemne), en opiniones fundamentales ambos ensayistas convergieron. Por ejemplo, el diagnóstico de las vanguardias históricas hizo pensar a Ortega en una «deshumanización del arte», idea que Reyes desarrolló en *El deslinde*, su teoría literaria, bajo el concepto de «des-sentimentalización», es decir, la gran literatura ha de huir del bajo chantaje y del fraude sentimental. La palabra “corazón”, decía Reyes, es de las más vagas del lenguaje humano. Después de la Primera Guerra Mundial, cuando España tuvo la oportunidad de hombrearse con las grandes potencias europeas, Reyes y Ortega criticaron el mediocre papel de las universidades españolas, y llamaron a aplicar el ejemplo de las universidades alemanas que incorporaban en su seno a los principales intelectuales de la prensa. Es de notar que la agitación cultural de la vida intelectual española se desarrollaba al margen de la vida universitaria, como puede rastrearse en dos libros de Reyes, *Cartones de Madrid* (1917) y *Reloj de sol* (1922). Dicha agitación intelectual Reyes la halló y la gozó en los cafés, no en las aulas. En 1939, con la caída de la Segunda República, Reyes y Ortega se distanciaron (véase mi edición del epistolario entre ambos, “Órbitas en pugna”, en *Revista de estudios orteguianos*, núms. 36-37, 2016).

En 1927 Alfonso Reyes se instaló en Buenos Aires como el primer embajador de México en Argentina. Lo fue dos veces, primero de 1927 a 1930 y luego de 1936 a 1937. En Buenos Aires se encontró con su viejo amigo Pedro Henríquez Ureña (con quien también terminaría distanciado), y fundó una revista, *Cuadernos del Plata*, en la que publicó al joven Borges y a Güiraldes. Después partió a Río de Janeiro para ocupar la embajada mexicana en Brasil. Su relación con Brasil fue intensa: dedicó ensayos sobre su historia, su economía y su cultura; escribió cuentos eróticos protagonizados (a la manera de Jorge Amado) por doñas brasileñas, y tejió sus poemas de mayor frescor bañándolos con el paisaje carioca. Maduró allí también su idea de

América, al facturar dos ensayos trascendentales: “Homilía por la cultura” y “Atenea política”. En su segunda residencia argentina, colaboró con el embajador español en Buenos Aires, Enrique Díaz-Canedo para acoger en México a los intelectuales españoles exiliados por Franco. Porque el auténtico americanismo, dijo en una conferencia titulada “Notas sobre la inteligencia americana”, se caracteriza por su hospitalidad y universalismo. Reyes, contrario a la opinión de ciertos sociólogos franceses, justificó el mestizaje y el pensamiento de síntesis, tan común en Rodó, Martí, Borges y en él mismo, bajo la idea de que el Nuevo Continente es heredero de la civilización humana. Los nacionalismos no tienen cabida entre nosotros. De Alfonso Reyes dijo Borges en su poema ““In Memoriam AR””:

Supo bien aquel arte que ninguno
Supo del todo, ni Simbad ni Ulises,
Que es pasar de un país a otros países
Y estar íntegramente en cada uno

A su regreso a México en 1940, Reyes se dio cuenta que su obra, tal como se lo observó un crítico, gozaba de la divagación sobre muchos temas escritos en ensayos sin duda brillantes, pero no lo suficientemente orgánicos. Entonces comprendió la necesidad de erigir su propia idea de mundo. Se concentró en formular una teoría literaria a través de dos libros fundamentales: *La crítica en la edad ateniense* (1941) y *El deslinde: prolegómenos a la teoría literaria* (1944). En el primero comprendió que si la cultura griega está sustentada en el *logos*, lo más expresivo de la mente humana es observar “cómo la palabra se enfrenta con la palabra y le pide cuentas y la juzga; cómo, en suma, se enfrenta la crítica con las manifestaciones literarias”. En el segundo, Reyes quiso demostrar que las grandes creaciones de la humanidad han sido desatadas por la crítica literaria, pues como todo es susceptible de expresarse en palabras, *la literatura es la expresión más completa del ser humano*. Aunque por humildad nunca se consideró un especialista en Grecia, pese a tejer varios libros al respecto, *La crítica en la edad ateniense* (1941), *La antigua retórica* (1942), *La filosofía helenística* (1959), *Religión griega* y *Mitología griega* (ambos póstumos), es de notar que el

helenista alemán Werner Jaeger, tras leer *El deslinde*, dijo que hasta el propio Aristóteles se hubiera maravillado de su método teórico.

Lo interesante de la teoría literaria de Reyes reside en que emana del ejercicio de su creación-crítica y hasta de su propia experiencia vital. Al hablar de la condición fluida de la literatura, capaz de invadir la historia y la ciencia, Reyes estaba aludiendo al tránsito de su propia vida por diversos cargos diplomáticos, asuntos políticos y económicos que lejos de empobrecer su actividad literaria, por el contrario, la habían enriquecido y universalizado. *El deslinde*, una de las obras mayores del pensamiento hispanoamericano, representa también la más alta conciencia, según José Gaos, entre la relación de la literatura con la filosofía. No olvidemos que la *República* de Platón, toda su teoría del Estado, es un extenso comentario sobre Homero.